

28-29

Septiembre a
diciembre 1962

En este número:

**45 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION
SOCIALISTA**
Gilberto Vieira

EL SEGUNDO CONGRESO AGRARIO

Jesús Villegas

*SIGNIFICADO DEL LIBRO 'La Revolución Socialista'
de Gilberto Vieira - p. 42*

Bogotá, D. E.
Colombia

**LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS SOCIALES
EN LA UNION SOVIETICA**

M. Suslov

UN PESO

SOBRE LA ENSEÑANZA REVOLUCIONARIA
Fidel Castro

REVISTA DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA

**DOCUMENTOS
POLITICOS**

1962 DOCUMENTOS

Vino el profesor e hizo lo que pudo. Envolvió el libro de monseñor Guzmán en un extenso artículo de periódico (Suplemento Literario de "El Tiempo"), en el cual escribió un comentario "desapasionado" tal y como si quisiera meter la cosa en un colchón de paja.

El expediente no sirvió. Todo amenazaba cataclismo. ¿Quién quería remover los cimientos mismos de un "régimen" construido sobre 300.000 muertos?

Es en ese trance cuando, el cuatro de octubre, a pocos días de aparecer la segunda edición, acaece algo extraordinario: Se reúnen en concilio los voceros del "régimen", toda la "gran prensa" y se juran fidelidad sobre ese asunto de "la violencia" los Gómez con los Santos, los Santos con los Canos, los Canos con los Ospinas, los Ospinas con los Lleras, etc., etc. "El Colombiano", "El Tiempo", "El Siglo", "La República"....

"Los suscritos, —dicen— recomendamos:

"Evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida..." ("El Espectador" N° 19.723).

Hé allí el primer impacto del libro:

Difícilmente se da en la historia el caso de que una clase dominante renuncie públicamente de puro miedo a su derecho de dirigir el debate sobre la crisis nacional y traspase ese "encargo" a otra gente, a una "generación" menos "comprometida".

De esa manera, sin embargo, al precio de semejante "renuncia", se pensó echar sobre el libro un gran montón de tierra.

Después de la reunión se celebró alegremente la inhumación de la "Violencia en Colombia" con una gran comilona costeadas por Minjusticia en el Jockey Club.

Pasaron pocos días del suceso y resultó que de nada había valido el montón de tierra. La segunda edición de "La Violencia en Colombia" se vendía como pan a \$ 38.00 y, antes de que se acabara octubre, el coronel A. Valencia Tovar es enjuiciado en el Senado de la República porque ha escrito un concepto oficioso sobre el tal libro.

"Mágicamente" se produce la unidad del Partido Conservador sobre el "concepto" del coronel y se pide al Presidente de la República su retiro del Ejército. Ante semejante situación el Ministro de Guerra, Ruiz Novoa, insolente otras veces, se rinde, pide excusas, califica de "novela" el documento de la Facultad de Sociología y deja en manos del "señor Presidente" la suerte del oficial comisionado por él para conceptuar. Válgame Dios el Vía-Crucis!

¿POR QUE ATERRA TANTO ESTE LIBRO?

¿Por qué aterra tanto el libro "La Violencia en Colombia", de monseñor Guzmán?

Significado del libro: "LA VIOLENCIA EN COLOMBIA"

Tal vez desde la aparición del libro "Pax", hace medio siglo, ningún hecho literario ha sacudido tanto la morralla política de Bogotá y de todo el país como lo logra ahora "La Violencia en Colombia".

"Pax", una novela histórica-costumbrista, de 600 páginas, con dos ediciones sucesivas en 1907, escrita en equipo por Lorenzo Marroquín y J. M. Rivas Groot, cierra críticamente el ciclo de las guerras civiles del siglo XIX.

"La Violencia en Colombia", ensayo historiográfico, de 530 páginas y también dos ediciones seguidas en 1962, igualmente escrita en equipo por Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y E. Umaña Luna, está ubicada en un momento decisivo del ciclo de las guerras civiles de este tiempo y deja definidas algunas de sus notables consecuencias.

Hay algo revelador en la crítica sobre las dos obras:

A "Pax" sus contemporáneos y entre ellos el más, don Marco Fidel Suárez, le hicieron la cacería de "Tartarín", el gran cazador de fanfarria. Mientras que al libro del cura Guzmán, le están haciendo ahora, con gentes de la calaña del senador Marín Vanegas, otra cacería: la cacería de brujas.

Duro viacrucis ha padecido ya en solo seis meses de vida este documento, "La Violencia en Colombia", no obstante que está matriculado como "Monografía de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional".

Primero lo embarraron de un lado: "Relato mañoso y acomodaticio" (A. Gómez Hurtado), "libro sectario" ("El Siglo"); y lo sahumaron del otro lado: "gran libro..." (Hernando Santos), "excelente libro... desapasionado, objetivo..." (Canal Ramírez).

Pero rápidamente los impugnadores y los aduladores cayeron en cuenta del riesgo que corrían peleándose entre ellos por semejante "historia". Entonces llamaron al profesor López de Mesa para que "asimilara oficialmente" el libro a nombre de toda la "clase dirigente".

"La violencia es una problemática que no ha pasado ni ha sido superada, dice. Pervive en sus más hondas implicaciones macerando factores que precipitarán un cambio radical de estructuras en el país" (pág. 300).

Y remata con estas tremendas "palabras finales": "Habrá paz cuando los campesinos hagan la paz. Cuando los campesinos impongan la paz" (pág. 426).

Todo el documental está hecho así, mostrando la dinámica especial de la violencia, sacando en claro hasta más no poder que la violencia es una constante del actual régimen económico y político y no es un "episodio".

Antes de que este libro planteara tales cosas algo se había dicho a propósito en otras fuentes. Por ejemplo, cabe citar aquí un aparte de los materiales preparatorios del IX Congreso del P. C. de Colombia (1961).

Dicen: "Durante el actual período de la post-guerra mundial y de la guerra fría, ha ocurrido —en Colombia— que todos los gobiernos, aun los que se inician con mayores auspicios de paz, como este del frente nacional, son empujados sin remedio al vórtice de la violencia..."

"Naturalmente la violencia, continúan diciendo, como todo fenómeno social, tiene un ritmo para poder ser constante. Es decir tiene sus períodos de aflojamiento o tregua. Cada cierto tiempo el país es sometido a un baño de sangre y luego sobreviene un "desarrollo pacífico" más o menos breve". (1)

Pero innegablemente el libro de monseñor Guzmán le da la mayor entidad y el total desarrollo al enjuiciamiento. Ello constituye un hecho extraordinariamente importante por la siguiente razón:

Ahora hemos entrado en un nuevo ciclo de recrudescimiento de la violencia y ocurre que el frente nacional, que se comprometió a mantener la paz y al precio de la paz consiguió excepcionales títulos de poder, tiene miedo de la violencia. Como el "aprendiz de brujo" de la leyenda, al cual se le olvidó la fórmula para devolver el mandato que había dado y murió ahogado en las aguas turbulentas que él mismo desatara, la clase gobernante colombiana tiene ya ese presentimiento.

¿Morirá ahogada en la violencia que ella misma prohió y engendra inevitablemente?

Las "facultades extraordinarias" están siendo fabricadas a prisa como un "salvavidas". Los dueños del gobierno —la oligarquía industrial-terrateniente y sus corifeos políticos— piensan que si tienen que volver a pasar a este país por un río de sangre, para salvar el "orden" y "las instituciones", solamente apercados con esas "facultades extras" pueden arriesgarse a la aventura.

Las "facultades" constituyen el "margen de confianza" que presiona fuertemente sobre las grandes masas, dándole un determinado carácter de "legalidad" a la nueva carnicería.

No ha de ser simplemente porque el libro le saca los cueros al sol a todos ellos, porque señala con "el dedo de Dios" los genocidas y "pájaros" que ahora siguen ocupando altos cargos ministeriales o directivos de los partidos. Eso no es nada nuevo. Al contrario, difícilmente en otros tiempos de violencia se podía ver, como se ven ahora, abigarradas asambleas de "matones" en comisiones y aun en plenarias de corporaciones públicas.

Allí no está el meollo de la cuestión.

No será tampoco porque esa copiosa y responsable monografía de la Universidad Nacional se dedica a hacer, bien hecha, la cuenta de los muertos de la violencia.

El libro suma 170.000 hasta 1958. La opinión pública ya antes, tentativamente, venía hablando de 200 a 300.000 muertos. Naturalmente, hay una diferencia. Pero esta diferencia sólo sirve para demostrar que la gente no andaba muy desencaminada en las cuentas.

No son tales las causas del escándalo. Nosotros creemos que son otras cuestiones del libro, más profundas y menos visibles, las que han puesto sobre aviso a los cínicos y curtidos gestores y beneficiarios de "la violencia" en Colombia.

El propósito de esta nota es en primer lugar sacar en claro tales cuestiones alarmantes; en segundo lugar, decir nuestros reparos y discrepancias con el libro.

Y vamos al grano:

¿ES LA VIOLENCIA COSA DEL PASADO?

Cuando en este libro apocalíptico se habla de "la violencia" no hay lugar a rodeos o confusiones.

"La policía empieza, dice, después la tea incendiaria arde por más de diez años en todas las manos" (pág. 235).

"El proceso de la violencia puede reducirse a las cinco etapas siguientes: creación de la tensión popular de 1948 a 1949. Primera ola de violencia de 1949 a 1953. La primera tregua de 1953 a 1954. La segunda ola de violencia de 1954 a 1958. La segunda tregua en 1958". (pág. 37).

¿Qué significado tiene este itinerario?

Precisamente el mayor afán de los enterradores del libro del padre Guzmán, cuando están hablando de dejar "el necesario juicio histórico —sobre la violencia— a otra generación", es cerrar los ojos a la realidad dando por admitido que la violencia es un hecho superado, es un episodio que pertenece a la historia patria.

Pero he aquí que un documento oficial, de la U. N., y de origen obispal además, se les sale de las manos a ellos y viene a decir lo contrario: Que la violencia está allí, está viva, desarrollándose con un ritmo, con períodos sucesivos de recrudescimiento y tregua.

"El proceso ha sufrido últimamente algún recrudescimiento..." pero... "el presente estudio no va más allá de 1958".

vienen a dañar esto. Así inicia el relato de su tragedia la gente del agro colombiano. A los campesinos los convierten en fieras. No lo eran!" (pág. 262).

"LA VIOLENCIA" NO ES CONSERVADORA NI LIBERAL ES LA CRISIS DE UNA CLASE DIRIGENTE

"Las fuerzas en pugna se polarizan, dice: de un lado policía férrea, amenazante, incontenible, anarquizada ya, despiadada e intervenida por testaferros del sectarismo; de otro un núcleo denso de resistencia civil, ordenada por los jefes del partido liberal, que se organiza en algunos pueblos y veredas bajo la capitania de prófugos y desertores que la capitalizan y la convierten en abierta lucha armada. Al fondo una masa campesina perseguida que se defiende como puede..." (págs. 258-259).

Así se inicia el proceso de la violencia.

¿Qué pasa luego?: Veamos el ejemplo de las "guerrillas del Llano", lucha dominante en toda la etapa inicial.

"En el año 1951, explica monseñor Guzmán, se opera un curioso fenómeno que implica la escisión del bloque llanero. El fenómeno consiste en que los amos, dueños de hatos, se vuelven contra la peonada en armas..." (pág. 70).

"Cuando aflora nítida la aspiración de la peonada a una más justa nivelación económica y se orienta la conciencia del hombre hacia causas de justicia por obra de la revolución, surge intransigente, ciega, la "política de corral"... para salvar la industria ganadera, motivo más que suficiente que justificará una represión feroz. Así se llega al momento exacto, cenital, en que un cambio de palabras es definitivo: a los hombres en armas que los amos habían seducido, envalentonado, cohonestado y encubierto, los llaman ahora "bandoleros" y con este término... se crea una mentalidad de características punitivas" (pág. 71).

"Colombia supo —entonces— que la rebelión de los llaneros era un tráfico de bandoleros. Lo dice una declaración de propietarios liberales..." (pág. 72).

Desde ese momento "cenital" —y esto queda bien despejado en el libro— comienza una larga faena, que aún está viva, de la dirección del partido liberal, no precisamente por liquidar la violencia a base de una transformación social, sino por ganar la "carrera de la violencia" convirtiendo al ejército en una alternativa suya, propia, o al menos "paritaria" contra la dictadura de la policía política a la orden del caciquismo conservador.

Por eso "al principio el campesino no lucha contra el ejército, pero después, por ley de reacción ante atropellos, robos y crímenes, identifica como enemigo a todo el que viste prendas militares".

"El hecho fatal que se produjo fue este: un **ejército nacional** enfrentado a un **ejército campesino**". (pág. 267).

El libro "La Violencia en Colombia" descubre a buena hora la trama y a tiempo da la más angustiada voz de alerta.

EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA

Como se sabe, existe una explicación oficial del origen de la violencia que es en definitiva la "pura doctrina" del frente nacional.

Según esa explicación, "la violencia" viene de abajo. Es una generación espontánea en el pueblo atrasado y sectarizado. Es el producto natural de los viejos "odios heredados" de liberales y conservadores que de pronto convierten las luchas cívicas en matanzas y carnicerías.

Lo que arriba, en las altas esferas, —nos dicen—, son palabras, diatribas, batallas verbales, abajo, entre la plebe, se vuelve bala y machete y guerra civil.

Aunque parezca increíble, esta miserable tontería es toda la filosofía oficial sobre la violencia.

La violencia es un pecado del pueblo, según ellos. Una vez que este postulado queda establecido lo que sigue de allí será tan sencillo como el catecismo Astete: El pueblo ha cometido el pecado y, si quiere salvarse, debe pasar por las llamas del purgatorio o sea por un período de pre-democracia, por el régimen "de excepción", paritario y alternacionista, calculado exactamente a la medida del pecado.

Pues bien, el libro del padre Guzmán Campos y sus colaboradores, solamente sacando a relucir un buen número de hechos escuetos y simples, desbarata completamente la leyenda oficial y demuestra que "la violencia" es un conflicto "desde arriba", una "estrategia" dirigida contra el pueblo.

"Los 30 proyectiles de revólver y 10 de pistola disparados en el recinto de la Cámara el 8 de septiembre de 1949 y la sangre vertida ominosamente allí mismo..." (pág. 42).

No son pues meras palabras de "lo alto" lo que abajo en el pueblo repercuten con pólvora.

"La violencia, concluye una y otra vez, de cada relato, fue iniciada allí por elementos oficiales. Promotores fueron... alcaldes, corregidores, inspectores de policía..." (pág. 61).

"La policía empieza, dice monseñor Guzmán, después la teatincendiaría arde en todas las manos". Y añade: "la policía política inicia su intervención con vejámenes, golpes e insultos; después roba, incendia y asesina; a la postre viola, estupra y remata en actos nefandos. Primero actúa en forma reservada; posteriormente afrenta a sus víctimas ante progenitores, hermanos y aun menores de edad..." (págs. 233-235).

Para completar el cuadro los autores simplemente dejan hablar al campesino: —"Llegan unos hombres armados y dicen que

Sin embargo, ello no significa que nosotros hagamos del libro un evangelio. Tenemos críticas para hacerle.

Vamos a plantear enseguida algunas de ellas:

LOS PECES GRANDES Y LOS CHICOS

En 1876 decía Manuel M. Madieto: "Qué importará que dentro de unos años caminemos por debajo del mar o naveguemos por el espacio... si a la par de tales adelantos hemos de vivir sofocados por el miasma de los crímenes...?"

Dos empresas se montan sobre el régimen de la "violencia" en Colombia. Una por arriba, otra por abajo. Por arriba la Misión Militar yanqui, las tropas a Corea, el tejemaneje consecuente de las concesiones petroleras y la importación de capital, etc. Por arriba, también el monopolio de los dólares cafeteros, de los cupos de crédito, de impertación, del presupuesto, por parte de una oligarquía en pleno desarrollo.

Por abajo, a ras de suelo, está el "boleteo" y el cuatrерismo, la compra regalada de tierras y cosechas a los campesinos en exilio.

Abajo está el tráfico de ganados en zonas de guerra, las "primas", las "recompensas", el comercio de armas.

Arriba está el gran tráfico del "capital burocrático" y del saqueo imperialista en río revuelto.

Entre los dos fluye años y años una gran corriente de mano de obra barata, sin rémoras sindicales, cosecha de sobrevivientes de la violencia que recoge la gran industria nativa y extranjera.

El libro "La Violencia en Colombia" descubre sin compromiso el pequeño negocio:

"Fue que durante la violencia funcionó cierta activísima "Compañía" de elementos distanciados políticamente, pero que se presentaban armados a los campesinos ingenuos a informarles —en mucho secreto— que la "chusma" los iba a asaltar. Dado el clima de zozobra que ellos mismos habían creado, conseguían comprar a menos precio..." (pág. 56).

"Cierta comandante vende todo el ganado que consumen las divisiones policiales de Bogotá. El transporte se hace desde el Llano en vehículos oficiales de las fuerzas armadas. Las reses compradas de cuarenta a ochenta pesos son vendidas al gobierno a \$ 400.00 (págs. 262-263).

"Los amigos que comanda Serafín Olivera en toda la región de Casa de Zink, Palesito, Santiago Pérez, y los que comanda Agustín Charry en San Pedro, Palestina, Pandeazúcar, Buenavista, están recolectando el grano con la ayuda y la protección de los retenes, a quienes se les participa" (pág. 277).

"Se ha calculado que en el Tolima hasta 1957 se habían dejado 34.730 fincas por coacción política o por acción militar".

Y "este período de violencia fue más bárbaro e intenso que el anterior". (pág. 104).

La violencia no es a la postre conservadora ni liberal. Es un sistema de represión que se disputan y se reparten como pueden las directivas de los dos partidos tradicionales, representantes políticos de la "clase dominante".

Esta "clase dominante" ha metido al país en una etapa profundamente crítica y es tan impotente que debe reincidir constantemente en "la violencia" que ella misma no controla del todo y cada cierto tiempo se ve obligada a "legalizar" la lucha armada insurreccional por medio de las más "amplias" amnistías.

"Es necesario gritarle a Colombia, dice monseñor Guzmán, que su inmensa tragedia se originó primariamente en una crisis de la clase dirigente política". (pág. 252).

Son estas, a nuestro juicio, las cuestiones que aterran del libro "La Violencia en Colombia" porque realmente interrumpen y trastornan la conjura que ahora se fragua de nuevo contra el pueblo colombiano.

Es inoportuno este libro que replantea y revive "el plan de agresión al campesinado de Villarrica" cuando el propio Presidente de la república está diciendo: "la mayor oportunidad para los comunistas parece estar en los remotos distritos de las montañas al norte y occidente de Colombia...", ("El Espectador" nov. 8/62); cuando "El Tiempo" "localiza" un "plan violento" en Tolima, Huila, Valle y Cauca, "financiado por países de la órbita soviética" (ed. 18 nov. 1962), cuando a renglón seguido las fuerzas armadas piden editorialmente en su Revista: "unión con el pueblo contra el comunismo".

Como dijera León Felipe Camino:

Ahora...

cuando el soldado se afianza bien el casco en la cabeza,
cuando el arzobispo se endereza la mitra,

.....

muchos pensarán que acuñar este poema en español, es un mal negocio,

.....

un gesto inoportuno y peligroso.

Los comunistas, como avanzada que queremos ser de las clases trabajadoras, obreros y campesinos, no le tenemos miedo al libro "La Violencia en Colombia". No vamos a echar tierra sobre ninguna de sus páginas.

Por el contrario, lo consideramos un documento valioso que puede ayudar a nuestro pueblo en la nueva fase de su lucha contra la violencia, que contribuye a despejar el camino para recuperar la paz nacional por la única vía posible: la destrucción de las fuerzas que han promovido la hecatombe.

brero de 1948, cuando Gaitán pronunció su famosa oración por la paz.

RAIZ AGRARIA DE LA VIOLENCIA

Después de 20.000 entrevistas y 52 pactos de paz (pág. 11) los autores de este libro tienen que conocer algo de la masa campesina.

Por eso nos dicen: "En Colombia... no se puede pensar ya en un campesinado de sumisa resignación mahometana, comprado y pagado con actitudes paternalistas, ni en lo que se llama "montañerismo respetuoso".

"¿Respetuoso de que?", pregunta:

"¿De jefes inaccesibles?, ¿de sacerdotes?, ¿del ejército? ¿de los jueces?, ¿de la propiedad?, ¿de la vida?, ¿del Estado?

...si sabe que fué capaz de enfrentarse sin recursos, durante 10 años a un ejército bien dotado; que los jueces se tornaron venales y concusnarios; que la propiedad no pudo ser amparada por el Estado; que la Constitución fue violada impunemente..." (Pág. 299).

Pero hay cosas que los autores del libro no ven o no quieren ver. Tratan de explicar un hecho complejo y difícil: ¿Por qué la violencia pudo arrastrar a grandes masas de labriegos pacíficos, conservadores primero y liberales después, convirtiéndolos en feroces instrumentos del régimen sanguinario, creando sucesivamente las bandas de "chalavos", "pájaros", "limpios", etc?

Hé aquí las razones que dan los autores:

"de Boyacá extraen para la policía miles de "chulavitas"... ellos no recapitan; obedecen, confían en sus jefes. Es un pueblo esencialmente disciplinado, de allí el fácil predominio del caciquismo". (Págs. 81).

Esas "razones" no ayudan a aclarar en nada el problema. Es necesario aplicar aquí un enfoque histórico: De 1876 a 1902, por ejemplo, un lapso de 26 años, según estadísticas de la época, hubo 170.000 muertos por la violencia, denominada entonces "guerra civil". (2). Es decir, que hubo un muerto por cada 20 habitantes, habida cuenta de una población de tres y medio millones de habitantes. (3).

De 1948 a 1958, un lapso de 10 años, hay también 170.000 muertos, según las estadísticas más serias, sobre una población de doce y medio millones, o sea un muerto por cada 73 habitantes.

En ambos casos, a fines del siglo pasado y en la post-guerra mundial contemporánea, el campesinado había sido sometido previamente a un gran despojo de tierras y había sido defraudado por el liberalismo con una reforma agraria que se vuelve al revés.

A mediados del siglo pasado las leyes de libertad de resguardos, de ejidos y después de manos muertas, se convierten en una

"El valor de las propiedades abandonadas por 108 exiliados —de Caicedonia— suben a \$ 22.827.000.00" (pág. 275).

Pero... ¿y el gran negocio? Los dividendos norteamericanos y los dividendos de la Andi en la violencia?

La verdad es que detrás de las 430 páginas de este documento siguen escondidos los verdaderos aprovechadores de este río de sangre.

A veces, quizás por esta razón, el libro tiene sorpresas: "El país, por un raro fenómeno, nos dice, desconoce la intensidad de la violencia en el departamento de Antioquia, ciertamente uno de los más afectados. En pocas partes chocaron con más espantable encono las dos fuerzas contrarias que son la clave del conflicto colombiano en esta primera etapa: la decisión de imponer un hecho político mediante la acción de elementos oficiales y la defensa de un sector colombiano—cuyos derechos sabía lesionados..." (pág. 90).

"Raro fenómeno" sería que la industria manufacturera, —una cuarta parte de Antioquia entonces— hubiera pasado de 300 a 1.550 millones de "valor agregado" o "plusvalía" durante la primera y segunda ola de violencia, sin haber participado en la "decisión de imponer un hecho político".

Muy poco ahonda el libro sobre las vinculaciones entre la violencia y la formación de una camarilla u oligarquía dentro de la industria como una "nueva clase" empeñada en hacer capital sobre todo a base del control desaforado y excluyente de las palancas del poder.

Como se sabe es esta "nueva clase", en connivencia con la política yanqui de post-guerra, tremendamente aventurera, la que presiona hacia un gobierno fuerte y abre las puertas al matonismo.

Como clase capitalista arremete en primer lugar contra el movimiento obrero creando los preliminares de la violencia. Hay que ver cómo saluda la Andi la declaratoria de guerra de Lleras Camargo a los sindicatos del río Magdalena en 1945.

Da pena entonces, al recapitular esta historia, que un libro concienzudo como este se dedique a invertir vergonzosamente los términos y asimile la resistencia obrera, ordenada y pacífica, contra el alud violento que avanzaba, la asimile como acto violento ella misma, como "acción intrépida", equiparándola indebidamente a los saqueos y depredaciones y asesinatos.

"Enero 3 de 1948, dice el itinerario del libro, motines y saqueos en Cali; enero 6, huelga en obras públicas de Bogotá, rumores de huelga en petróleos; enero 16, civiles armados atacan una patrulla del ejército... De Venezuela los agitadores de Colombia reciben dinero y armas..." (pág. 34).

"Los días transcurren, dice, con marcada tendencia a la anarquía, reflejada en una creciente ola de huelgas y paros solidarios..." (pág. 28).

Con la misma razón podría asimilar el libro, como otro acto de violencia, la manifestación obrera "del silencio", del 7 de fe-

dustria la azucarera o la minera, etc. Se quiso decir tal vez que no ha habido obreros "manufactureros", pero en Colombia, como se sabe, sólo uno de cada 16 trabajadores se ocupa en la "manufactura" industrial".

Pero si "los jefes de grupo son peones y pequeños parceleros", esto quiere decir que son "proletarios del campo" y "campesinos pobres y medios".

La tendencia a tomar "el proletariado", "los obreros", como una población urbana, diferenciada del "campesinado", que vive en el agro, es algo que nada tiene que ver con la historia y la estructura de nuestro país. Hace más de un siglo que nuestro campesinado viene siendo lanzado masivamente al proletariado. Pero el penoso y lento desarrollo colonial de ferrocarriles, puertos, minas, ingenios y fábricas de industria ligera, no alcanza nunca a recoger la cosecha de mano de obra, una gran parte de los "proletarios" se regresan montaña adentro a colonizar.

La colonización y la lucha de autodefensa armada se han entrelazado multitud de veces, no sólo en la etapa contemporánea sino en todo el proceso republicano.

Pero hay algo mucho más importante que lo anterior en relación con el papel que juega la clase obrera en el proceso de la violencia.

El libro "La Violencia en Colombia" realiza un serio enjuiciamiento de las directivas de los dos partidos tradicionales como autores de la catástrofe. Por sus páginas desfilan, escondidos o evidentes, cohonestando, preparando, dirigiendo la tragedia, los jefes naturales de los viejos partidos. Quizás el más celosamente escondido entre toda la maraña de los documentos es el señor Mariano Ospina Pérez. (?)

Pero los autores, comprometidos en el rigor de una investigación científica, no encuentran pruebas para acusar como autor de "la violencia" al que ha sido más acusado "oficialmente" de todos: al comunismo.

Una vez, en 430 páginas, asoma por allí un "observador foráneo", cuando empezaba la violencia, un tal Fluharty y "sostiene que del extranjero, especialmente de Venezuela, llegaban a los comunistas colombianos recursos de todas clases, incluso armas y municiones..." (Pág. 31).

Y quizás dos líneas más: "en zonas afectadas por adoctrinamiento comunista incendiaron capillas..." (Pág. 271).

En cambio, si en este libro no aparece comprometido el Partido Comunista como instigador o autor o cómplice de "la violencia", sí aparece muy ampliamente señalado como organizador y combatiente de la resistencia pacífica y de la resistencia armada a la violencia.

Documentos citados del VII Congreso, realizado bajo el mandato de Urdaneta, en 1952, cuando "la ola de sangre alcanza di-

apocalíptica expropiación de parcelas indias y mestizas para hacer los cultivos de exportación y las grandes ganaderías. Algo parecido ocurre a partir de 1938 con la ley de tierras. Se convierte en la "limpieza" de haciendas sacando colonos, terrazgueros, aparceros, propietarios y talando sementeras para hacer potreros y cultivos "industriales".

Como diría el mismo Fals Borda, cuando tenía mejor memoria que en este libro, "Muchos hacendados... procedieron a expulsar a sus arrendatarios... Muchos parcelaron las propiedades, otros se aprovecharon de escapes legales para aumentarlas. La guerra civil que siguió (se refiere a la "violencia") sirvió para disfrazar la otra que aún continuaba entre dueños y desposeídos" (4).

En los tiempos de la otra "violencia" —hace casi un siglo— anotaba Miguel Samper: "Los indígenas expropiados de resguardos y ejidos se fueron en masa al partido conservador". (5).

Más que la "disciplina boyacense" es la traición y la frustración liberal lo que capitaliza el cacique en la masa campesina para hacer las huestes de la violencia.

EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN EL PROCESO DE LA VIOLENCIA

Desarrollando extraordinariamente la tesis de que los campesinos dejan de ser en el turbión de la violencia meros instrumentos de la reacción y adquieren conciencia de su destino, señor Guzmán y Fals Borda anotan:

"...el campesino cobró conciencia de que es nervio vivo de la patria, con derecho a opinar, a que se le tenga en cuenta, a que se atiendan sus aspiraciones, a exponer sus problemas, a exigir... sus derechos..." (297).

"Su lenguaje, reciamente afirmativo, cuando habla de las expediciones militares, traduce un aire de superioridad: "No pudieron con nosotros. El campesinado es actualmente una fuerza más organizada y mejor armada".

Pero en medio de tan formidable síntesis de la experiencia campesina se deja entrever cierto agrarismo que nosotros no compartimos.

Los autores se proponen mostrar la resistencia campesina a la violencia, en su pasado y en su perspectiva como un hecho independiente y desprendido de la acción de la clase obrera.

"Tanto los jefes de grupo, como sus seguidores, son esencialmente rurícolas... Se ocupan de la faena agrícola o ganadera; entre ellos hubo contadísimos estudiantes y ningún obrero industrial". (Pág. 143).

Es probable, por ejemplo, que en los comandos guerrilleros no haya habido "obreros industriales" si se estima que no es in-

Citan una carta abierta del Movimiento de Autodefensa Campesina a los "limpios": "Ustedes dicen que su movimiento es para que se refugien todos los perseguidos... La verdad es que... ustedes dieron muerte a ciudadanos como Miguel Calderón y Misael Tovar, únicamente por apoderarse de sus economías... En el cañón del Saldaña se encuentran a diario cadáveres de los mismos que hacen parte del movimiento..."

"Allá se matan, —decía Prias Alape—; aquí nadie los persigue. Les damos parcela, drogas..."

"Pero —explica el padre Guzmán— los agraciados deben someterse a un comunismo protector, paternalista, que los obliga a asistir todos los lunes a la conferencia..."

"Es innegable, —termina diciendo el libro— que mientras aquí convivían y se llamaban "compañeros", en las vegas del Saldaña... se mataban azules y rojos, como fieras".

Y ahora bien, ¿qué es el Partido Comunista?

Es "vanguardia obrera", la avanzada consciente de la clase proletaria de la ciudad y del campo. Se sabe, además, que una característica de la estrategia del Partido Comunista es buscar el poder como una forma de alianza obrero-campesina.

Así, pues, este libro muestra ampliamente el papel de la "vanguardia obrera" del P. Comunista, como organizador y combatiente, al frente de la masa campesina en la resistencia a la violencia. Sin embargo, al tratar de sacar conclusiones, nos plantea como salida del conflicto la acción puramente campesina: "el movimiento parece ascender de la amplia base campesina hacia el vértice de la pirámide social", dice. (Pág. 300).

Aquí existe una contradicción.

La experiencia de las anteriores "olas de violencia" nos enseñó algo. Nos enseñó precisamente que "la violencia" no puede ser liquidada definitivamente en Colombia mientras la clase dominante tenga posibilidad de aislar suficientemente a las masas obreras urbanas de la autodefensa campesina. En cuanto superemos esta situación no saldremos a una "tregua" sino a una paz estable construida sobre la base de un gobierno popular, fundamentalmente de alianza obrero-campesina.

Son estos, en definitiva, nuestros reparos y críticas principales al libro "La Violencia en Colombia".

NOTAS:

- 1) Tribuna del IX Congreso número 4.
- 2) E. Riascos Grueso. "Geografía Guerrera de Colombia", Ed. Im. Bolivariana 1950.
- 3) Anuario General de Estadística 1957, Pág. 23.
- 4) O. Fals Borda "El Hombre y la Tierra en Boyacá". Ed. Doc. Colombianos. 1957, Pg. 105.
- 5) M. Samper, "Escritos Políticos y Económicos. Ed. Cromos Pág. 113.

menciones inconcebibles", dan testimonio incontestable de la manera cómo nuestro Partido encaró, desde la primera etapa, la resistencia armada: "En Chaparral, dicen, citando el informe del Secretario Político del P. C., —el movimiento guerrillero— se inicia en 1950 como acción de autodefensa de masas; en 1952 se transforma en lucha de guerrillas, dando origen a la resistencia armada en todo el sur del Tolima. Es un movimiento de clase amplio y definido. El problema de abastecimientos es resuelto por el propio trabajo agrícola de los guerrilleros y por el amplísimo respaldo de la población..." ".... el papel de los aventureros nos enseña que las guerrillas no pueden formarse artificialmente, mediante planes elaborados en oficinas de Bogotá....." (Págs. 45-6).

Uno de los más importantes aportes de este libro que las directivas liberal y conservadora no pueden "debatir", es el "plan de agresión sobre el campesinado de Villarrica".

Hé aquí algunos apartes: "El Gobierno se vio obligado a concentrar 9 batallones para continuar su obra destructora aumentando la agresión a todo lo alto de Sumapaz y Oriente del Tolima. Más de 9.000 unidades debidamente provistas de toda clase de armas, con el apoyo de 30 aviones..." (Pág. 108).

"En esta larga lucha del campesinado contra la dictadura también han sabido ocupar su puesto de vanguardia los aguerridos luchadores, Fermín Charry, Manuel Marulanda Vélez..."

Refiriéndose a organizaciones de la lucha armada campesina creadas por el Partido Comunista dice: "Otra evidencia de instituciones creadas por razón de la violencia es la de Galilea y El Pató... Entre los líderes figuran: 1. El Comisario Político, adoc-trinador que plasma criterios nuevos; 2. El jefe de la comunidad, atiende la autodefensa y régimen interno; 3. El parcelador... Este fue el único grupo, añade, donde encontramos una biblioteca al servicio de la comunidad: toda de contenido marxista". (Páginas 154-5).

Hé aquí una de las citas del libro, "Treinta Años de Lucha del P. C. de Colombia": "Nuestro Partido entró en contacto con representantes de diversos destacamentos guerrilleros, constituyendo una junta nacional de coordinación, que organizó múltiples formas de ayuda a los combatientes populares.... El 14 Pleno del C. C. recomienda hablar a los guerrilleros con toda franqueza y lealtad esforzándose por educarlos políticamente, mostrándoles que están librando una lucha prolongada, de grandes proyecciones para el futuro, cuando esa lucha se combine con un movimiento revolucionario de masas..." (Pág. 157).

A propósito de estos hechos acota el autor: "por eso los camaradas alegan la paternidad de las guerrillas".

Por otra parte, el libro contrasta con gran objetividad la diferencia entre la réplica "liberal" oficial a la violencia, la guerrilla de los "limpios" y la organización comunista: